Odio esta valentía forzada
que carga mis huesos
disfrazando el llanto de coraje.
Quiero dejarme caer, y caer,
no ser héroe de esta tristeza.
Quiero hundirme en el gris
de este cenizo mundo
que no permite lágrimas,
que exige fuerza cuando solo hay vacío.

Viajo en un tren de vapor
sobre los raíles forjados
con los huesos de quienes compartieron
la misma leche que me amamantó.
Cada giro, cada paso,
es un chirrido que ensordece,
un eco que arrastra cenizas
del bosque que una vez me rescató.
La chimenea exhala un suspiro gris,
como si la memoria se disipara
en humo y polvo.
A cada pregunta, el silencio responde
con órdenes que no comprendo.
Huyo de aquel bosque
que me dejó huellas en los pies,
pero ¿hacia dónde me lleva este tren?
Cuanto más acelera, más se alarga mi vacío.
No estoy perdido por no saber dónde estoy,
sino porque nadie está conmigo.
Soy el maquinista y el único pasajero.
No hay más destino que este vagón vacío.
Nunca hubo tal bosque,
ni una promesa de regreso.
El vapor que alimenta este tren
es mi propio llanto,
lágrimas que se evaporan
en el motor de mis pesadillas.
El beso que nadie posó en mis mejillas,
estas mejillas que nadie amamantó,
estas sombras que nadie nombró.

Me matan, pero no me olvidan.
Su recuerdo es mi muerte.
Recuerdan a alguien que no vive,
yo no soy quien vivió lo que recuerdan.
¿Qué es real, qué vivo, qué imagino?
Todo se funde en un metal frío,
un bloque de duda que resuena
con cada pregunta no respondida.
Soy como un granizo lanzado al acero,
cayendo desde tan alto
que ni la tierra puede salvarme.
Me odio con el calor que aún queda,
ese calor que intenta protegerme
del frío donde el amor no existe.
Pero el calor se agota,
me despojo de él,
quedándome a la intemperie
del frío y de la rabia que vienen.
No, no me mata su olvido, no,
me mata cómo me recuerdan
olvidándose de mí al mismo tiempo,
como si yo no fuera testigo de mi vida.
Muero por mi testimonio desoído,
por mi voz silenciada,
por mis recuerdos convertidos en sombras
que ya no valen nada.
Ellos se esfuerzan en recordarme
como algo que nunca fui,
con una fuerza que yo no tengo
para mostrarles quién soy.
Solo podré contarles quién fui,
y hasta eso será insuficiente.

Nunca odiado, solo ignorado.
Nunca solo, nunca visto.
Nunca un cuerpo, nunca un reflejo,
una sombra que apenas parecía estar.
No pude ser donde no me era permitido parecer.
Recordado, tal vez,
pero solo por perder lo único común,
lo que nos hace semejantes.
Por renunciar a la vida
y desvanecerme, como ellos algún día.
Yo solo puedo morir físicamente,
morir una vez,
pero ellos tienen el poder de matarme
en el olvido de quien nunca ha vivido,
de un cuerpo que nunca pudo existir.

No hay cadáver en un cuerpo sin vida,
porque un cuerpo es enterrado
cuando ya no se sostiene solo.
Pese al aliento que empaña
el rostro gemelo del espejo,
pesa más la necesidad de que muera el muerto:
enterrar su cadáver en su cuerpo sin vida,
elevar su alma sobre nubes de lágrimas ausentes,
lágrimas que llueven vapor
y fecundan el monte de las ánimas.
No vi tu cadáver en tu cuerpo sin vida.
Tú ya vivías sin mí,
y ahora yo viviré sin ti.
Tu cuerpo de roble,
tus ojos de águila enfrentando buitres,
encendidos, cansados, pero no apagados.
Tus piernas flaqueaban,
dos, tres, cuatro…
bajo tus pesadillas lúcidas,
cuatro patas,
cuatro jinetes, ángeles caídos, y la flaca;
tus palabras huecas,
tu sangre sin plata.
Primero chuparon tu carne,
luego desollaron tu cuerpo,
y al fin vieron tus huesos:
huesos como palillos,
desencajando los restos del banquete
de tu dentadura de marfil negro,
como te hacían ellos,
cuando ya estabas muerto antes de morir.

Malditas tus noches,
arrugada tu sonrisa,
tiritando tu risa.
Con tus huesos descuajeringados,
te apuñalaron en el corazón
una mañana de dos lunas,
bajo los cuatro jinetes y la flaca.
Ahora que solo quedan tus cenizas,
encerradas en la caja de Pandora con tus males,
¿dónde yacerá tu cadáver?
Sobre la tierra y tus cenizas
florecen viñedos bajo el sol,
el único fruto de tu mal infructuoso,
el vino de tus carnes en el infierno,
las uvas pasas de tus pupilas sin poesía.
Del polvo en tus ojos
quedan las cenizas de tus anhelos,
mezcladas con tu cuerpo cremado.
Bajo tu sombra, guardiana de los viñedos,
miraste por última vez
amnésico y acataratado
con tus dedos anquilosados.
Fue tu última voluntad
que esparciéramos tus amargos restos
sobre el vino del futuro.
No vi tu cadáver en tu cuerpo sin vida,
porque cuando fui a velarte, tú ya te habías ido.
Fue años atrás, pero también fue aquel día.
La niebla llenó tus ojos,
el humo se llevó tu alma,
y solo quedó el vapor de tu carne.
De tus huesos quedan mis pucheros,
el tesoro señalado por tu calavera:
los ojos míos que miran al horizonte.